

mucho mayor si los actos son puramente internos, como los de odio ó de delectacion morosa, los cuales se multiplican mas fácilmente que los actos enlazados con acciones exteriores. El homicida puede ocuparse largo tiempo en su crimen aprestando los instrumentos necesarios para perpetrarle; pero por lo comun todas éstas acciones pertenecen á un solo acto interno y constituyen por consiguiente un solo pecado. Las circunstancias, segun hemos dicho en esta misma conferencia, pueden añadir especies diferentes al mismo acto; pero no es menos cierto que cuando un acto permanece en la misma especie equivale á muchos, violando los derechos de diferentes personas, y esto es lo que sucede cuando de un solo golpe y á sabiendas se da la muerte á diez hombres, ó cuando por una sola calumnia se aja la reputacion de cien personas.

EL DR. Habeis pronunciado una palabra cuya significacion ignoro, y es la delectacion morosa. ¿En qué sentido emplean esta palabra los teólogos?

EL TEÓL. Un acto malo debe ser interior, con respecto á la advertencia y al consentimiento; pero se llaman internos los pecados que se verifican en el alma sin manifestarse exteriormente. Cuando nos inclinamos á un objeto ilícito, sentimos un deseo culpable; pero cuando nos complacemos de intento en la representacion de una cosa mala experimentamos una delectacion morosa. Tal es el acto del que se representa acciones perversas y criminales, deteniéndose, complaciéndose y deleitándose en ellas, aunque no llegue á desearlas; y esto es lo que vulgarmente se llama malos pensamientos.

EL DR. No es fácil concebir cómo pueden ser pecados los actos puramente internos.

EL TEÓL. Con este carácter los vemos indicados en estas palabras de los Proverbios y de la Sabiduria: *Abominables son al Señor los malos pensamientos*¹. *Los pensamientos perversos apartan de Dios*². Esta es la doctrina unánime de los Padres de la Iglesia y de los teólogos, y yo tengo para mí que con un poco de atencion basta para conocer que Dios debe condenar y castigar estos pensamientos, que infringen la regla de la moral, pues su legislacion soberana se refiere á la inteligencia y á la voluntad. El alma está sujeta á ciertas órdenes y prohibiciones, y por consiguiente no puede menos de ser culpable é impura á los ojos de la Divinidad siempre que se complace de intento en la representacion de una cosa mala; pero por lo demás, creo que vuestro error procede de cierta comparacion entre un Dios entera-

¹ Prov. xv. — ² Sap. i.

mente perfecto y un legislador humano, cuyo principal objeto es la conservacion del orden exterior. El legislador humano no puede juzgar los actos internos, y por esto se contrae á prohibir y castigar las infracciones exteriores; pero la ley divina tiene por objeto la santificacion del hombre, su conciencia, el orden moral y espiritual considerado en sí mismo y enlazado á veces con algunas acciones externas que aparecen inherentes á dicho orden como una circunstancia ú ocasion. Los teólogos especifican estos actos internos reconociendo en el deseo la especie misma del objeto á donde propende, y en la delectacion morosa la especie del objeto, tal cual se representa.

No es ocioso decir algunas palabras sobre los diferentes nombres que aplican los teólogos á los pecados para clasificarlos y distinguirlos mas fácilmente. Llámase pecado de *comision* el que se comete por una accion interna ó externa; pero será de *omision* cuando se infringe un precepto afirmativo, y de *ignorancia* cuando se comete por una negligencia culpable en la instruccion de los deberes propios. Comete pecado de *debilidad* el que se siente arrastrado por una pasion que no ha combatido con bastante energia, ó bajo el imperio de algunas circunstancias contra las cuales no hace suficientes esfuerzos; é incurre finalmente en pecado de *malicia* el que comete una accion perversa por un hábito criminal que conserva y fomenta, ó bien el que le comete sin una pasion violenta, con entero conocimiento y libertad, como aquellos hombres de que se habla en el libro de Job: *Castigólos como á impios á la vista de todo el mundo; porque, como de proposito, se alejaron de él, y no quisieron saber nada de todas sus disposiciones*¹.

CONFERENCIA XXII.

VICIOS, PECADOS CAPITALES, PASIONES.

EL TEÓL. En esta conferencia daremos algunas ideas morales sobre los vicios, los pecados capitales y las pasiones, pues además del interés que pueden ofrecer estas materias, serán un complemento muy útil, aunque imperfecto, de nuestras explicaciones relativas al pecado. Empecemos por los vicios. Esta palabra puede aplicarse en general á cualquiera falta que haya en la naturaleza, en las artes y

¹ Job, xxxiv.

en la moral, y en este sentido el vicio y el pecado significan lo mismo; pero los teólogos les dan un sentido diferente, pues hacen uso de la voz *vicio* para expresar una tendencia ó inclinacion sensible al mal.

EL DR. ¿Cuál puede ser el origen de estas malas inclinaciones? ¿Existen acaso en todos los hombres y con los mismos caracteres?

EL TEÓL. Estas inclinaciones son una consecuencia del pecado de Adán, que por cierto no las experimentaba en el estado de inocencia, de suerte que si hubiese permanecido fiel, tampoco las sentiria su posteridad. Reconócese unánimemente que no todos los hombres nacen con las mismas inclinaciones, mas no pueden indicarse con exactitud las causas secretas de esta diferencia. Los fisiologistas las atribuyen á los varios elementos que entran en la formacion del cuerpo, constituyendo un temperamento que en cierto modo es el origen de algunas inclinaciones marcadas, de suerte que los niños adquieren las calidades y con mayor frecuencia los vicios de los padres. Tambien dicen los fisiologistas que la union íntima entre la madre y el hijo durante la vida uterina contribuye á imprimirle de una manera sensible las inclinaciones mas notables de su madre, sin perjuicio de las otras inclinaciones que acarrea la educacion, las lecciones y los ejemplos, pues estos hacen al niño semejante á las personas con quienes suele estar en relacion. Ahora consideramos el alma del niño como pasiva, ó sujeta á las impresiones que se le imponen; mas cuando el hombre llega á ser dueño de sus actos, puede añadir á los vicios que le ha comunicado la naturaleza ó una educacion mala, otras tendencias y hábitos vergonzosos, ya por medio de la lectura ó de las conversaciones corruptoras, ya por la frecuencia con que comete ciertas acciones que arrastran paulatinamente su alma á repetir las, buscarlas y establecerse en ellas, formando la inclinacion.

EL DR. ¿Y todos estos vicios hacen al hombre culpable ante Dios?

EL TEÓL. Los vicios contraídos libremente, sin que se hagan esfuerzos para destruirlos, son reprobables á los ojos del Señor, que en este caso castiga una prevaricacion enteramente voluntaria; pero por lo que hace á las inclinaciones naturales y á las que resultan de la mala educacion, se contrae á imputar la adhesion ó el consentimiento que se les da, lo mismo que las acciones que producen. Raras veces se consigue una destruccion completa de estas malas inclinaciones, aun cuando los mas generosos esfuerzos estén secundados por los auxilios sobrenaturales; pero no hay que temer estas luchas cotidianas, porque la práctica del Cristianismo proporcioná los me-

dios de triunfar de ellas. Verdad es que ofrecen peligros para la salvacion, pero tambien es verdad que pueden ser ocasion de victorias gloriosas y de preciosas recompensas ante Dios.

Fijemos nuestras ideas en los vicios mas comunes y en los efectos que suelen producir en el hombre: tales son los siete pecados capitales. Voy á describirlos rápidamente, indicando en cada uno, como deseais, los efectos que de ordinario debemos atribuirles. Aparece en primer lugar el orgullo, que, segun san Agustín, consiste en el deseo de encumbrarnos mas de lo que conviene, atribuyéndonos los beneficios de Dios y anteponiéndonos al prójimo. El orgullo se estima en mucho, se complace en sus supuestas calidades, se ama hasta el punto de idolatrar en sí mismo, porque se considera como su último fin, buscando y proponiéndose exclusivamente su propia persona; ávido de honores y de alabanzas, obstinado en sus opiniones, desprecia el saber y la prudencia ajena, no se sujeta nunca al yugo de la obediencia, quiere dominar en todas partes, y se cree capaz de salir bien en cualquiera empresa. Tales son los principales caracteres y los efectos del orgullo; pero los comprenderéis todavia mas fácilmente haciendo uso de los nombres que emplean los moralistas para designar los pecados derivados del orgullo. Estos efectos son la ostentacion, la ambicion, la presuncion, la vanagloria, la jactancia, la hipocresía, la inobediencia, la obstinacion, el desprecio del prójimo, y generalmente los altercados y las discordias cuando sobrevienen obstáculos que se oponen á las exigencias del insensato orgullo.

El segundo de los vicios capitales es la avaricia ó el amor desordenado de los bienes mundanos, de donde procede la dureza que hace insensible á la miseria y al sufrimiento de los desgraciados, la inquietud del alma que se siente acosada por la necesidad de adquirir riquezas, y ansiosamente preocupada de los medios de conservarlas; la injusticia y la violencia de que se echa mano para aumentar dichos bienes; el fraude y la perfidia á que se apela cuando no basta la violencia. Nada hay sagrado para el avaro, pues hace traicion á sus mismos amigos, por íntimos que sean, para apagar la sed devoradora de los bienes terrestres.

El carácter de la lujuria consiste en una aficion criminal á los placeres carnales y contraria á la pureza, de donde resulta la ceguedad del ánimo, la precipitacion, la inconstancia, el egoismo carnal, el odio de Dios, la adhesion á la vida presente, la falta de religion, el decrecimiento y no pocas veces la extincion de la fe, la dureza de

corazon, y posteriormente la estupidez, el disgusto de la vida, el horror de su estado, y con harta frecuencia la desesperacion.

El cuarto de los pecados capitales es el repugnante vicio de la envidia ó de la tristeza voluntaria que se tiene de las ventajas espirituales ó temporales del prójimo. Este vicio produce los juicios temerarios, la maledicencia, la calumnia, cierta alegría secreta y satánica por las faltas y desgracias del prójimo, el odio y una aplicacion constante para desviar lo que puede ser ventajoso á los demás. Desde luego se deja ver que este vicio es propio de las almas bajas, que la razon no puede menos de condenarle, y que la Religion le condena tambien como un crimen.

EL DR. ¿Qué os parece de la gula?

EL TEÓL. Los teólogos la consideran como una aficion ó el uso desordenado de comer y beber. Este vicio puede considerarse como un deseo desordenado de cuanto sirve para lisonjear el gusto, y en este sentido no puede menos de ser una bajeza indigna de un ser racional, que le induce á buscar con afan todos los instrumentos y medios propios para satisfacer la sensualidad. El goloso cifra su alma en un plato, puesto que lo desea, lo ama, y se deleita en él en sumo grado, ó, segun la enérgica expresion de san Pablo: «Su Dios es su vientre. *Quorum Deus venter est.*» La gula consiste tambien en la glotonería y en la embriaguez, y basta nombrar estos vergonzosos vicios para cubrir de ignominia á sus esclavos. De la gula resulta la prodigalidad, la estupidez crapulosa, el enrudecimiento, la impotencia de ocuparse en cosas espirituales; la infraccion de las leyes de la Iglesia, y casi siempre la grosería y la indecencia en las maneras y en el lenguaje. Este vicio es una transformacion triste y deshonorosa del hombre, que, segun la expresion del Apóstol, se hace carnal y animal.

La ira es una emocion desordenada del alma, que nos induce á repeler con violencia todo lo que nos disgusta. Sus efectos ordinarios son la indignacion contra el prójimo y una exaltacion ó exageracion que arrastra á la venganza, al furor, á la blasfemia, á las imprecaciones, á las riñas, á las vias de hecho y al homicidio. La pereza es una negligencia y un disgusto voluntario de los deberes propios, que produce la pérdida del tiempo, la pusilanimidad, la inconstancia, la tristeza en el servicio de Dios y la lascivia.

EL DR. Falta hablar de las pasiones, que tanto influyen en nuestra vida.

EL TEÓL. Para discutir este punto con la extension debida, nece-

sitaríamos mucho mas tiempo del que podemos dedicar á nuestras conferencias; mas espero decir de ellas lo suficiente para dar una idea del influjo que ejercen en las costumbres y en las acciones de los hombres.

Los moralistas llaman pasiones á los movimientos sensibles que inclinan á nuestra alma ó la alejan vivamente de un objeto; mas no deben confundirse las inclinaciones naturales con las pasiones, que algunas veces tienen el mismo objeto. La marcha de las inclinaciones es mas tranquila; mas en las pasiones las ideas son mas vivas, mas profundo el sentimiento, mas fuertes las emociones, y mas impetuosos los deseos, de donde resulta una impresion física mas ó menos sensible.

EL DR. ¿Son muchas las pasiones que se distinguen?

EL TEÓL. Todos los moralistas cuentan unánimemente once, á saber, seis que pertenecen al apetito concupiscible, y cinco al irascible. Si el hombre experimenta un fuerte impulso para continuar lo que le parece útil ó para evitar lo que cree nocivo, entonces se dice que está en ejercicio el apetito concupiscible; mas si en estas operaciones tenemos que vencer grandes obstáculos, pondremos en accion el apetito irascible, porque será preciso trabajar con vivacidad, con energía y casi cólera. Las pasiones que pertenecen al primer apetito son el amor, el odio, el deseo, la fuga, la alegría y la tristeza; pero las del apetito irascible son la esperanza, la desesperacion, la audacia, el temor y la cólera.

EL DR. Y estas pasiones ¿son de suyo malas?

EL TEÓL. No, pero se hacen peligrosas ó funestas por la falsa direccion que se les comunica ó por el imperio que se les deja tomar sobre el alma. Consideradas en sí mismas, podemos decir que son el resultado natural de la union y de la simpatía entre el alma y el cuerpo. Muchas veces nos suministran un auxilio poderoso y enérgico que nos arrastra eficazmente á los objetos útiles, ó que nos aleja con prontitud y vivacidad de los que pueden perjudicarnos; en estas circunstancias importantes el raciocinio nos hará marchar lentamente, al paso que por medio de las pasiones, á la vista de un objeto perjudicial ó ventajoso, se verifica en el espíritu y en los sentidos una agitacion y ciertas emociones que nos disponen y nos excitan á obrar con energía para procurarnos ó para evitar dicho objeto. Verdad es que las virtudes de que hemos hablado predisponen al bien, pero de una manera débil y poco sensible, al paso que las pasiones añaden su impulsion, y contribuyen así á producir las acciones difíciles y heroicas.

EL DR. Sin embargo siempre habia oido decir que es preciso evitar las pasiones y preservarse de ellas como de un enemigo peligroso ¹.

EL TEÓL. Así debemos hacerlo respecto de sus excesos y de sus abusos; mas en cuanto á las pasiones, las vemos justificadas en los Libros santos, como se ve por la cólera de Moisés, de Finees, de Matatías y de otros muchos varones que son otros tantos modelos de celo por la gloria de su Dios. Y ¿qué diremos de las pasiones del mismo Salvador? ¿Por ventura no experimentaba movimientos de cólera en presencia de sus enemigos ²? Unas veces le vemos derramar lágrimas sobre la ingrata Jerusalem ³, y otras veces le vemos turbado ⁴ y lleno de una tristeza mortal ⁵. Estas emociones sin duda eran voluntarias en Jesucristo, y no podian causarle los mismos efectos que á nosotros, mas no dejaban de ser verdaderas pasiones.

Sin embargo, aunque no se las juzgue malas de suyo, no puede negarse que nuestra inclinacion al mal las hace sumamente peligrosas, porque en las actuales circunstancias no nos inducen á la virtud por medio del impulso saludable que nos hubieran comunicado en otras condiciones. Así lo único que hacen es secundar los esfuerzos de la virtud para conseguir el bien; pero son unos auxiliares ó instrumentos temibles que con harta frecuencia previenen la razon, ó tienden á dominarla.

EL DR. ¿Cuál es por consiguiente el influjo de las pasiones en los actos del hombre?

EL TEÓL. Ante todo es necesario advertir que los primeros movimientos de las pasiones ordinariamente no dependen de nuestra voluntad, sino que nacen y se excitan en nosotros por el recuerdo, ó por mejor decir, por la presencia de ciertos objetos. Así cuando nos veamos amenazados de un mal grave, experimentaremos un movimiento de temor; pero si el objeto que se nos presenta es atractivo, el movimiento lo será de deseo ó de esperanza. Mientras se contrae la pasion á estas emociones primeras, independientes de la voluntad y producidas por la simpatía de nuestra alma con el objeto sensible, no hay bondad ni malicia moral, ni tampoco actos humanos con intencion y con libertad. Además sucede muchas veces que estas emociones tienen cierta duracion, de manera que el movimiento agita por algun tiempo; mas no hay que amilanarse, porque tampoco hay

¹ Así suelen considerarse las pasiones, confundiéndolas con las emociones de la naturaleza corrompida.

² Marc. III. — ³ Luc. XIX. — ⁴ Joann. XIV. — ⁵ Marc. XIV.

voluntad sino tan solo una vibracion fisica y no consentida. Sin embargo la prudencia aconseja que en estos casos tomemos algunas precauciones para calmar aquellos movimientos peligrosos y restituirmos insensiblemente á nuestro estado normal.

EL DR. ¿Cómo se estiman las acciones que resulten de todas estas emociones?

EL TEÓL. Si la accion se verifica bajo el imperio de un movimiento tan pronto y tan violento que no permita al alma la menor advertencia ni uso de su razon, tampoco tendrá moralidad; mas aunque es muy raro que las pasiones quiten enteramente el uso de la razon y todo consentimiento libre á las acciones que provocan, no dejarán de tener menos malicia por la disminucion de las luces de la inteligencia y por la fuerza del movimiento que la pasion imprime á la voluntad. En estas circunstancias se concibe muy fácilmente que el crimen es menos grave, mas no por esto podremos clasificarlo entre las faltas veniales, con las que se verifiquen, como se supone, sobre una materia importante. Así es que en los tiempos de la persecucion no quedaban excusados los Cristianos que ofrecian incienso á los ídolos bajo el influjo del temor. Lo propio debe decirse de las otras acciones que se cometen bajo el imperio de una pasion cualquiera; porque el hombre, ayudado de la gracia, siempre tiene medios para resistir y para triunfar.

Hombres hay que al parecer no son dueños de sí mismos en el delirio de una pasion violenta que los persigue y domina; mas no dejan de ser responsables de sus actos, si pueden prever que la pasion los arrastra á semejantes excesos, y sin embargo no procuran debilitarla ó evitarla. No importa que verifiquen estas acciones sin un consentimiento actual, puesto que la voluntad provoca, fomenta y halaga las pasiones; y no hay dificultad en suponer que esta pasion voluntaria aumenta la malicia de la accion haciéndola mas culpable ante Dios.

EL DR. Lo que acabáis de decir se refiere al mal que resulta de las pasiones; pero ¿por ventura no influyen tambien estas en las acciones buenas?

EL TEÓL. Cuando nos sentimos arrastrados por el súbito impulso de una pasion á un acto de suyo bueno, pero sin advertencia y por consiguiente sin verdadero consentimiento, el acto no tendrá moralidad, ni será meritorio para su autor. En efecto, la voluntad queda entonces inclinada maquinalmente por la simpatía mas bien que por la determinacion del libre arbitrio, como se observa en la diligencia

con que socorremos á un desgraciado, que nos excita súbitamente una compasion sensible; mas si la pasion que previene á la razon no impide absolutamente su uso, el acto voluntario que de ella resulta será mas ó menos bueno y meritorio, segun el grado de advertencia y de juicio que se haya conservado. Tambien es cierto que una accion tiene mas intensidad de bien si nos excitamos por una pasion voluntaria á producirla mas completa y abundante, porque concurriendo á ella todo nuestro ser, el acto interno será mas íntimo, sin perjuicio de la libertad, y por consiguiente el mérito será mayor, como que la pasion es consecüente y elegida libremente, si así vale decirlo, por la voluntad. « *Passio per modum electionis... addit ad bonitatem actûs.* » (Santo Tomás).

CONFERENCIA XXIII.

EL SÍMBOLO.

EL DR. Con mucho gusto he oido las explicaciones que me habeis hecho sobre las virtudes, los pecados, los vicios y las pasiones; pero por interesantes que sean estas teorías, creo conducente saber el uso que de ellas debe hacerse. Así desearia que dedicárais algunas conferencias á manifestar cuáles deben ser las creencias y prácticas de un discípulo de Jesucristo para cumplir con todos los deberes del Cristianismo.

EL TEÓL. Si hubiéseis preguntado á los filósofos de la antigüedad lo que debe hacer el hombre para ser bueno y agradable á Dios, os hubieran contestado con tantas teorías como escuelas habia entre los griegos y romanos. Aun en nuestros dias si preguntais á los Protestantes cuáles son sus principios de creencia y de conducta, tampoco podrán fijar vuestras ideas, pues tambien andan inciertos sobre la fe y las reglas de la moral cristiana. No sucede lo mismo entre los Católicos, porque tenemos una doctrina de fe y de costumbres definida y arreglada por la doctrina infalible de la Iglesia de Jesucristo: así es que en todos los países del mundo hay entre nosotros un acuerdo completo sobre la fe, sobre las costumbres, sobre los Sacramentos y sobre la disciplina general, y esta circunstancia para un hombre des preocupado es un carácter muy sensible de la verdad del Catolicismo y de la santidad de su doctrina. Por tanto en pocas palabras puedo

responder á vuestra pregunta: lo que el católico debe creer y observar para santificarse y salvarse consiste en el Símbolo, el Decálogo, los Sacramentos y algunos preceptos de la Iglesia.

EL DR. Muy satisfactorio debe de ser el desarrollo de estas importantes cuestiones. Comencemos por el Símbolo, puesto que le citais en primer lugar.

EL TEÓL. Símbolo, en griego, *συμβολον*, significa señal de union, reunion y distintivo; mas en lenguaje eclesiástico expresa la profesion de fe del Cristiano. Se le llama Símbolo, por ser el conjunto de las principales verdades de la fe, de suerte que por su medio los verdaderos creyentes se distinguen de los infieles y de los herejes. En la Iglesia cristiana hay cuatro símbolos, á saber: el de los Apóstoles, el del concilio de Nicea, el del concilio de Constantinopla, y el de san Atanasio; mas no hay que preocuparse por este número de símbolos, porque léjos de estar opuestos entre sí, ó suponer contradiccion en nuestras creencias, no existe en ellos otra diferencia que la extension y desarrollo de las cuestiones que debian discutirse, explicarse y definirse, á medida que lo iban exigiendo los errores de los herejes.

EL DR. Esta es la preocupacion que yo tenia, pero despues de la explicacion que acabais de darme concibo muy bien el acuerdo que hay entre los cuatro símbolos. Otra preocupacion tengo muy grave sobre su autoridad, pues no se cómo pueden los teólogos establecerla ni justificarla.

EL TEÓL. Siendo, como lo son, colecciones ó signos de nuestra fe, debemos considerarlos como revestidos de una autoridad irrecusable. Examinemos, pues, si verdaderamente la poseen. Aunque considerásemos solamente estos símbolos como creencias admitidas y derramadas por el mundo desde los primeros tiempos del Cristianismo, semejante circunstancia debiera ser una preocupacion muy favorable á esta doctrina católica; pero la autoridad inconcusa que deseais existe en la Iglesia docente, cuya infalibilidad dais por sentada. Esta es la que nos da é impone los símbolos como regla de nuestra fe; por consiguiente ninguna duda podemos tener sobre la verdad de esta doctrina, y estamos obligados á aceptarla, so pena de vernos excluidos de la sociedad católica.

Antes de explicar estos diversos símbolos católicos, no me parece inútil hacer algunas observaciones que faciliten su inteligencia. La primera se refiere al origen del Símbolo que se atribuye á los Apóstoles, pues aunque contiene indudablemente la doctrina que ense-